

**Bosquejo de los mensajes
para el Entrenamiento de Tiempo Completo
del semestre de otoño del 2026**

**TEMA GENERAL:
LOS PUNTOS CRUCIALES DE LA VERDAD EN LAS EPÍSTOLAS DE PABLO:
1 Y 2 TIMOTEO Y TITO**

Mensaje tres

El ejercicio de nuestro espíritu para la piedad

Lectura bíblica: 1 Ti. 4:7-8; 2 Ti. 1:6-7; 4:22

- I. El hombre como vaso, mediante el ejercicio de su espíritu, había de recibir a Dios en Cristo como árbol de la vida a fin de que la vida fluyera como un río en y desde su interior con miras a su transformación en materiales preciosos para el edificio de Dios, la expresión eterna de Dios—Gn. 1:26; 2:7-12, 22; 1 Ti. 4:7-8:**
- A. El aliento de Dios ha llegado a ser nuestro espíritu humano, y nuestro espíritu es la lámpara de Dios para contener a Dios como aceite y darnos luz—Gn. 2:7; Pr. 20:27.
 - B. El espíritu del hombre llegó a ser una lámpara rota mediante su caída, pero mediante el recobro que Dios efectúa en Su salvación, el espíritu del hombre es regenerado, reedificado y reforzado con el Espíritu vivificante y siete veces intensificado—Gn. 2:7; Pr. 20:27; Sal. 18:28; Jn. 3:6; Ap. 4:5; 5:6; 1 Co. 15:45.
 - C. Lamentablemente, debido a la caída, los hombres no sólo han pasado por alto y descuidado el espíritu humano, sino que incluso se niegan a aceptar que el hombre tiene un espíritu—cfr. 1 Ts. 5:23; He. 4:12; Jud. 19.
 - D. Cuando estamos genuinamente en nuestro espíritu, vemos un trono establecido en el cielo con uno sentado en el trono, y el yo es destronado: “Al instante yo estaba en el espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado” (Ap. 4:2); “¡Oh, que mi espíritu / Pueda fluir! / Te ruego a Ti, Señor, / ¡Manda el fluir! / Del trono haz caer / Hoy mi confiado ser, / Que fluya agua de / Mi espíritu” (*Himnos*, #658, estrofa 5; véanse He. 4:16, nota 1 y Ez. 1:26, nota 1).
 - E. El gobierno central y la parte más prominente del ser del hombre debería ser su espíritu; un hombre que es regido y controlado por su espíritu es un hombre espiritual—1 Co. 2:14-15; 3:1; 14:32; Ef. 3:16; 1 P. 3:4; Dn. 6:3, 10.
 - F. El espíritu como parte más profunda es el órgano interno, el cual posee conciencia de Dios, para que tengamos contacto con Dios (Jn. 4:24; Ro. 1:9); el alma es nuestro mismo yo (cfr. Mt. 16:26; Lc. 9:25), un intermediario entre nuestro espíritu y nuestro cuerpo, la cual posee conciencia de sí misma, para que tengamos nuestra personalidad; el cuerpo como nuestra parte exterior es el órgano externo, el cual posee conciencia del mundo, para que tengamos contacto con el mundo material (1 Ts. 5:23):
 - 1. El cuerpo contiene el alma, y el alma es el vaso que contiene el espíritu; en el espíritu mora Dios como Espíritu; en el alma mora nuestro yo; y en el cuerpo moran los sentidos físicos.
 - 2. Nuestro espíritu es la parte más profunda de nuestro ser, un órgano espiritual con el cual contactamos a Dios (Jn. 4:24; Ro. 1:9); en nuestro espíritu somos regenerados (Jn. 3:6); en nuestro espíritu mora y obra el Espíritu Santo, lo cual es la clave de la salvación orgánica, deificación y “Cristificación” de todo nuestro ser que Dios efectúa; en nuestro espíritu disfrutamos a Cristo y Su gracia (2 Ti. 4:22; Gá. 6:18).

3. Dios nos santifica primero al tomar posesión de nuestro espíritu mediante la regeneración (Jn. 3:5-6); segundo, al extenderse como Espíritu vivificante desde nuestro espíritu hasta nuestra alma para saturar y transformar nuestra alma (Ro. 12:2; 2 Co. 3:18); y, por último, al vivificar nuestro cuerpo mortal por medio de nuestra alma (Ro. 8:11, 13) y al transfigurar nuestro cuerpo por el poder de Su vida (Fil. 3:21, véanse las notas 2 y 3 en He. 4:12).

II. La edificación que Dios realiza en el hombre es tipificada por el tabernáculo y el pectoral, y la clave para el edificio de Dios es nuestro espíritu mezclado:

- A. Las barras que unían las tablas del tabernáculo, hechas de madera de acacia recubierta de oro, representan el espíritu mezclado, el cual es el Espíritu divino mezclado con el espíritu humano, a fin de llegar a ser el vínculo de la paz—Éx. 26:26-30; Ro. 8:16; Ef. 4:3-4.
- B. En el Nuevo Testamento la realidad del Urim y el Tumim insertados dentro del pectoral es el espíritu mezclado: el Espíritu de Dios que devela, el Espíritu Santo, quien mora en nuestro espíritu receptor, nuestro espíritu humano regenerado—Éx. 28:30 y las notas 1, 2 y 3; Ro. 8:4, 14; 1 Co. 2:9-12.

III. El Espíritu divino que mora en nuestro espíritu humano y estos dos mezclados conjuntamente como un solo espíritu, el espíritu mezclado, es el punto estratégico y central de la economía de Dios—Jn. 3:6; Ro. 8:16; 2 Ti. 4:22; 1 Co. 6:17; 1 Ti. 1:4; 2 Co. 4:13:

- A. La gran manera de cumplir la economía de Dios es que vivamos y lo hagamos todo conforme al Espíritu mediante el ejercicio de nuestro espíritu—Job 10:13; Ef. 3:9; Ro. 8:4; Gá. 5:25.
- B. Siempre que nos volvemos a nuestro espíritu y ejercitamos nuestro espíritu, tocamos el Cuerpo, porque el Cuerpo está en nuestro espíritu—Ef. 1:17; 2:22; 3:5, 16; 4:23; 5:18; 6:18.
- C. Cuando estamos en nuestro espíritu, vencemos el mundo, no podemos pecar, el maligno no puede tocarnos y somos guardados de los ídolos—1 Jn. 5:4, 18-19, 21.

IV. El tema de 2 Timoteo es la vacuna contra la decadencia de la iglesia, y la clave para recibir e impartir esta vacuna con miras al crecimiento en vida de los santos y el disfrute que tienen de Cristo es ejercitar nuestro espíritu, lo cual consiste en avivar el fuego de nuestro espíritu, el cual Dios nos ha dado—Fil. 1:25; 1 Ti. 4:7-8; 2 Ti. 1:6-7; 4:22; Hch. 6:10; 1 Co. 14:32:

- A. La piedad, un vivir que es la expresión de Dios, es el resultado de la impartición divina para la economía divina, y esta impartición depende de que ejercitemos nuestro espíritu a fin de vivir a Cristo en nuestra vida diaria para la manifestación corporativa de Dios en la vida de iglesia—1 Ti. 1:3-4; 3:15-16; 4:7-8; 2 Ti. 1:6-7.
- B. La palabra *ejercicio* implica obligarse; si nosotros los cristianos queremos ser fuertes y queremos crecer en el Señor, debemos obligarnos a usar nuestro espíritu hasta que desarrollemos el hábito fuerte de ejercitar nuestro espíritu—1 Ti. 4:7.
- C. Ejercitar nuestro espíritu consiste en avivar el fuego de nuestro espíritu—2 Ti. 1:6-7:
 1. En 2 Timoteo 1:6 se hace referencia al “don de Dios”, y el versículo 7 indica que lo que Dios nos ha dado es nuestro espíritu regenerado —nuestro espíritu mezclado— de poder, de amor y de cordura; por tanto, el don de Dios es el espíritu que Dios nos ha dado.
 2. Nosotros, los que hemos sido salvos, tenemos el capital necesario para llevar la vida cristiana y la vida de iglesia, y ese capital es el espíritu que Dios nos ha dado.
 3. El fuego se encuentra en nuestro espíritu regenerado, en el cual mora el Espíritu Santo; en realidad, nuestro espíritu es el fuego—Lc. 12:49-50; Ro. 12:11; Ap. 4:5; Pr. 20:27.

- D. A fin de ejercitar nuestro espíritu, avivar el fuego del espíritu que Dios nos ha dado, debemos tomar medidas con respecto a las partes de nuestra alma que rodean nuestro espíritu: nuestra mente, parte emotiva y voluntad—cfr. 1 P. 3:4:
1. Un espíritu de poder es un espíritu que tiene una voluntad subyugada y resucitada, un espíritu de amor es un espíritu que tiene una parte emotiva llena de Dios como amor y un espíritu de cordura es un espíritu que tiene una mente renovada—2 Ti. 1:7.
 2. Nuestro querido Señor Jesús es el Pastor y Guardián de nuestras almas; nuestra alma es nuestro ser interior, nuestra verdadera persona; nuestro Señor nos pastorea al cuidar del bienestar de nuestro ser interior y al velar por la condición de nuestra verdadera persona—1 P. 2:25; Sal. 23:1-6; cfr. He. 13:17.
 3. Puesto que el ejercicio de nuestro espíritu está vinculado a las partes de nuestra alma y es tan vital para que vivamos en la realidad de la economía de Dios, necesitamos cooperar con nuestro Señor en Su ministerio celestial “confirmando las almas de los discípulos”—Hch. 14:22.
 4. Confirmar las almas de los discípulos consiste en confirmarlos (1) en su mente, para que conozcan y entiendan al Señor y todo acerca de Él (1 Co. 2:16; Fil. 3:10); (2) en su parte emotiva, para que amen al Señor y tengan un corazón entregado a los intereses del Señor (Mr. 12:30; Ro. 16:4); y (3) en su voluntad, para que de manera resuelta permanezcan con el Señor y hagan lo que a Él le agrada (Hch. 11:23; Col. 1:10; 1 Ts. 4:1).
- E. Ejercitar nuestro espíritu, avivar el fuego del espíritu que Dios nos ha dado, consiste en estar siempre gozosos, orar sin cesar y dar gracias en todo a fin de disfrutar al Espíritu que mora en nosotros, quien es el secreto de hacer todas las cosas en Cristo—2 Co. 12:2a; Fil. 4:11-13; Sal. 91:1; 1 Ts. 5:16-18.
- F. Ejercitar nuestro espíritu, avivar el fuego del espíritu que Dios nos ha dado, consiste en poner nuestra mente en el espíritu—Ro. 8:6; Mal. 2:15-16:
1. Cuando ponemos nuestra mente en el espíritu, tenemos el sentir interior de vida y paz, la sensación de fortaleza, satisfacción, descanso, liberación, vivacidad, riego, resplandor y consuelo.
 2. Cuando ponemos nuestra mente en la carne, tenemos el sentir interior de muerte, la sensación de debilidad, vaciedad, inquietud, desasosiego, depresión, sequedad, oscuridad y dolor.
 3. Nuestra vida cristiana no es según la norma de lo correcto e incorrecto, sino según el sentir interior de vida y paz en nuestro espíritu—Ro. 8:6; 2 Co. 2:13-14.
- G. Ejercitar nuestro espíritu, avivar el fuego del espíritu que Dios nos ha dado, consiste en discernir nuestro espíritu de nuestra alma—He. 4:12:
1. Siempre deberíamos estar alertas para discernir y negar cualquier cosa que no es del espíritu, sino del alma, el yo—Mt. 16:25; cfr. Lc. 9:25.
 2. Todo lo que somos, todo lo que tenemos y todo lo que hacemos debe ser en el espíritu; todo lo que Dios es para nosotros está en nuestro espíritu—Ro. 2:28-29; 1:9; 8:4; 12:11.
- H. Ejercitar nuestro espíritu, avivar el fuego del espíritu que Dios nos ha dado, consiste en llevar la vida cristiana normal, practicar la vida de iglesia cristiana normal y vencer la degradación de la iglesia al ir en pos de Cristo con los que de corazón puro invocan al Señor—2 Ti. 2:22.
- I. Ejercitar nuestro espíritu, avivar el fuego del espíritu que Dios nos ha dado, consiste en orar, acercarnos a Dios de manera personal y con confianza con miras a los intereses de Dios —Cristo, el reino de Dios y la casa de Dios— como meta en la economía eterna de Dios—1:6-8; 1 Ti. 1:3-4; 2:1-3, 8; 1 R. 8:48; Jud. 19-21.